

## CAPITULO XXVIII.

He visto yo en otra era  
 Maravillas: el rapaz  
 De Robin era capaz  
 De entrar por una gatera.

EN medio del tumulto que llenaba el castillo y sus cercanías, no era cosa fácil encontrar á un sugeto, y Wayland tenia mas dificultad que ningun otro en descubrir á Tresilian, porque viendo el riesgo que corria en dejarse conocer, no se atrevia á dirigirse á las gentes de la casa de Leicester.

Por medio de rodeos y preguntas indirectas supo sin embargo que Tresilian debia hallarse entre los gentileshombres de la comitiva del conde de Sussex, que habian llegado por la mañana á Kenilworth, en donde los habia recibido Leicester con toda suerte de consideracion. Añadió alguno que los dos condes y sus comitivas, y otros muchos señores y caballeros, habian montado á caballo y acababan de salir para Warwick, á fin de escoltar á la reina hasta Kenilworth.

La llegada de su magestad, como sucede

en casos semejantes, se aguardaba con ansia, hasta que al fin llegó un correo sin aliento, anunciando que su magestad se habia detenido, deseando recibir los homenajes de los vasallos que se habian reunido en Warwick, y que por esta razon no llegaria al castillo hasta la tarde. Esta noticia dió un rato de descanso á los que, aguardando de un momento á otro la llegada de la reina, estaban en brasas hasta desempeñar las funciones que les habian designado en las ceremonias del recibimiento.

Habiendo notado Wayland que muchos caballeros se dirigian al castillo, esperaba encontrar entre ellos á Tresilian. Para asegurarse de ello se encaminó al punto al patio principal, cerca de la torre de Mortimer, donde nadie podia entrar ni salir sin que él le viese. Observó el traje y la estatura de cada uno de los que pasaban en varias direcciones, con el mayor cuidado, pero inútilmente.

Miéntas se habia puesto asi Wayland de centinela para descubrir á Tresilian que no parecia, se vió tirado por la manga por un sugeto que no le dejaba á sol ni á sombra.

Era Dick Sludge, ó Flibbertigibbet, que estaba siempre como un duende en acecho de los que no se acordaban de él. Aunque fué muy desagradable á Wayland este encuentro,

no quiso manifestar su mal humor, y fingió alegrarse de volver á ver al enano, gritándole:

— ¡ Ah ! ¡ eres tú , buena alhaja , duendecillo , ratoncillo !....

— Sí , respondió Dick , el raton que roe una á una las mallas de la red , cuando el leon , que ha caido en ella , está hecho un borrico sin poderse garrear.

— Diablillo travieso , eres una pimienta hoy despues de comer ; pero dime , ¿ como has podido bandearte con el gigante cuando te he dejado con él ? Me estaba temiendo que iba á dejarte en pelota y á tragarte como quien traga una castaña.

— ¡ Oh ! replicó el enano , si asi lo hubiese hecho , hubiera tenido mas meollo en su vientre que el que ha tenido en toda su vida en su cabeza. Pero el gigante es un ser muy cortés , y mas reconocido que otras muchas personas á quienes he sacado de algunos apuros , señor Wayland.

— ¡ Flibbertigibbet de todos los diablos ! eres mas mordaz que una hoja de espada de Sheffield. Sin embargo quisiera yo saber de que encanto te has valido para domeñar á ese oso.

— Sí , ya te conozco y te veo venir , replicó Dick ; piensas engatusarme con pala-

britas melosas : en cuanto á este buen portero , has de saber que cuando llegámos al castillo habia perdido la chabeta con un discurso que han compuesto para él , y que no está á sus alcances , con ser un hombre tan grande (1). Como este discurso elocuente es obra compuesta por mi docto maestro el señor Erasmo Holyday , la he oido repetir tantas veces , que se me ha quedado en lamemoria. Cuando he notado que la de mi Goliath era ingrata y remolona , le he apuntado las especies y las palabras que le traian al retortero. Entónces es cuando él , contento como unas Pascuas , me ha levantado hasta su oido ;

---

(1) Esto recuerda la chistosa décima del P. Isla en *el Dia grande de Navarra*, hablando del diputado Navascues , que era muy alto :

De hombres grandes, sólo yo,  
Navarra fecunda es;  
Pero como Navascues,  
Voto á tantos, eso no.  
Por eso se le nombró  
Diputado á todo trance,  
Porque en latin y en romance  
Se podrán hallar doscientos  
Que tengan tantos talentos,  
Pero no mayor alcance.

(Nota del Traductor español.)

y para que te dejase entrar, le he prometido agazaparme debajo de su piel de oso, y ayudar á su memoria frágil cuando sea preciso recitar su arenga. Acabo de comer un bocado, y vuelvo á su lado al momento.

— ¡Muy bien, muy bien, mi querido Dick! replicó Wayland; corre por el amor de Dios, pues el pobre gigante te estará aguardando como el agua de mayo. Vaya, pasalo bien, Dick.

— ¡Oh! sí, respondió el duendecillo, ¡pasalo bien, Dick! esas gracias te han sacado de tí todo lo que han querido. ¿No quieres contarme la historia de esa dama, que es tan hermana tuya como el hijo de mi padre?

— ¿De que te serviría saberla, duendecillo travieso? dijo Wayland.

— Dejate de cuentos: ya no quiero que me digas nada de esa muger; pero has de saber que sé guardar un secreto, y tambien hacer que se frustren los proyectos que no quieren comunicarme. Buenas noches.

— No te vayas de ese modo, respondió Wayland, que conocia la actividad infatigable de Flibbertigibbet, y la temia con razon. Espera, mi querido Dick; al cabo somos ya amigos antiguos, y te prometo que sabrás algun dia tanto como yo por lo que toca á esta señora.

— Sí, respondió Dick, quizá ese dia no está muy léjos. Pasalo bien, Wayland: voy á buscar á mi gigante; si no tiene el talento que tienen otros, es por lo menos reconocido á los favores que se le hacen; asi, te lo vuelvo á repetir, buenas noches.

Al decir esto pegó un salto y continuó corriendo con su agilidad acostumbrada, de modo que desapareció en un abrir y cerrar de ojos.

— ¡Ojalá estuviese ya fuera del castillo! dijo Wayland. Si este maldito enaño llega á poner manos en el pastel, Satanás mismo no podrá tragarlo. ¡Si pudiese al menos dar con Tresilian!

Miéntas aguardaba con tal impaciencia á Tresilian, acababa de entrar este á Kenilworth por un lado opuesto al sitio donde él se hallaba. Habia salido por la mañana del castillo para acompañar á los dos condes á Warwick, como lo habia oido decir Wayland, esperando recibir allí algunas noticias de su emisorio. Engañado en estas esperanzas, y notando que Varney, que acompañaba á Leicester, queria acercarse á él al parecer para hablarle, juzgó prudente evitar su conversacion, y salió de la sala miéntas el gerif del condado arengaba á su magestad. Volvió á montar á caballo, dió vuelta á Kenilworth por un camino diferente, y entró en el castillo por una

puerta trasera, que le abrieron al punto que dijo ser un oficial de la comitiva del conde de Sussex: por eso Wayland le buscó inútilmente entre los caballeros que pasaba en revista callandito.

Habiendo entregado su caballo á un criado, Tresilian se paseó un rato en el lugar de placer y en los jardines, no tanto por admirar las bellezas de la naturaleza y las obras maestras que Leicester habia reunido allí, como por entregarse libremente á sus cavilaciones. La mayor parte de las personas de distincion habian dejado el castillo por acompañar á los condes: los que quedaran se habian colocado en las troneras, las murallas exteriores y las torres, para ver la magnífica perspectiva de la entrada de la reina. Asi es que miéntras todo el castillo resonaba en gritos y algazara, solo el jardin estaba en silencio y tranquilidad. Unicamente se oia el meneo de las hojas de los árboles, el canto de los dulces pajarillos, y el risueño murmullo de las fuentes.

La imaginacion melancólica de Tresilian cubria con un velo sombrío todos los objetos que le rodeaban. Comparaba las ruinas grandiosas que se desarrollaban á su vista con los espesos bosques y las lagunas desiertas que rodeaban á Lidcote-Hall; la imágen de Amy

Robsart, como una fantasma, se le aparecia en todos los cuadros pintorescos que le dibujaba su imaginacion.

Nada hay quizá tan funesto para la felicidad de los hombres amigos de la reflexion y la soledad, como alimentar desde su juventud una pasion desgraciada; pues echa raices tan profundas, que llega á ser despues el sueño de todas las noches, y el quebradero de cabeza de todos los dias.

Esta angustia del corazon, estos pesares que nos arrastran aun á seguir á una sombra que ha perdido todo el resplandor de sus colores, este recuerdo perenne de un sueño interrumpido con dolor, es muy propio todo esto de un corazon generoso y noble, y tal era el de Tresilian.

Conoció al fin que necesitaba distraerse, y salió del lugar de placer para agregarse al gentío que coronaba las murallas, mirando desde allí los preparativos de la ceremonia. Pero cuando oyó aquel bullicio, aquella música, aquellos alegres gritos que resonaban por todas partes, encontró una repugnancia invencible en reunirse con unas gentes cuyos sentimientos no estaban en armonía con los suyos, y resolvió meterse en su cuarto, y permanecer allí hasta que anunciase la campana del castillo la llegada de Isabel.

Atravesó el pasadizo que separaba las cocinas de la sala grande, y subió al piso tercero de la torre de Mervyn. Empujó la puerta del cuarto que le habian reservado, y estrañó mucho encontrarla cerrada; pero se acordó de que el camarero mayor le habia dado la llave, advirtiendole que en medio de tanta confusion era preciso cuidar de cerrar bien la puerta. Aplicó la llave á la cerraja, y al abrir la puerta vió al punto una muger, vivo retrato de Amy Robsart. Al principio creyó que su imaginacion turbada le presentaba una fantasma vana y engañosa; pero se convenció muy pronto de que la que veia era en efecto Amy, mas pálida en verdad que en los dias de felicidad en que reunia á las formas y á la hermosura de una ninfa del bosque la talla de una silfida, pero no dejaba de ser Amy, ni habian visto jamas sus ojos nada que pudiera igualarsela en atractivos.

No se admiró menos la condesa que Tresilian, aunque su sorpresa fué menos duradera, porque la habia dicho Wayland que estaba en el castillo. Se levantó cuando él entró, y se puso encendida.

— ¡Tresilian! ¿que busca vm. aquí?

— ¿Y vm., Amy, que viene vm. á hacer en este castillo? ¿Busca vm. por ventura un auxilio que no le rehusarán jamas?

Calló un momento, y respondió luego con una voz que manifestaba mas bien el dolor que el enfado: — Tresilian, no imploro el auxilio de ninguno; los que la bondad de vm. pudiera darme, léjos de serme útiles, me perjudicarian mucho. Ha de saber vm. que hay aquí alguno á quien las leyes y el amor obligan á protegerme.

— ¿Al fin ese miserable ha hecho á vm. la triste reparacion que podia? dijo Tresilian. ¿Es vm. muger de Varney?

— ¡Muger de Varney! respondió ella con sumo desprecio. ¿Con que apellido infame se atreve vm. á deshonrar la... la... la...? Se detuvo, balbució, y bajó los ojos confusa y muda, porque se acordó de las fatales consecuencias á que se esponia si hubiese añadido *la condesa de Leicester*. Hubiera sido descubrir el secreto de que dependia la fortuna de su esposo; hubiera sido descubrirle á Tresilian, á Sussex, á la reina, á toda la corte; y jamas, decia entre sí misma, romperé el silencio que he prometido, aunque sepa esponerme á las sospechas mas odiosas.

Llenáronse sus ojos de lágrimas, quedó muda delante de Tresilian; y este, despues de haberla mirado con dolor y compasion, la dijo:

— ¡Ay, Amy! los ojos de vm. desmienten.

lo que dice su boca : habla vm. de un protector que puede y quiere defenderla ; pero esas lágrimas me dicen que ha sido vm. chasqueada y abandonada por el desdichado á quien ha entregado vm. su afecto.

Amy le miró con unos ojos en los que brotaba la cólera por entre las lágrimas , y se contentó con repetir con mucho desprecio : *¡el menguado!*

— *¡Si, el menguado!* dijo Tresilian , y aun no es decir lo bastante. Pero *¿*como se encuentra vm. aquí , sola y en mi cuarto ? *¿* por que no se han tomado las medidas necesarias para recibir á vm. como corresponde?

— *¡*En el cuarto de vm. ! dijo Amy. Voy á salir de él al momento. Corrió entónces ácia la puerta ; pero acordandose del abandono en que se hallaba , y deteniendose en el umbral , añadió con dolor y tristeza : *¡*Ay ! ya no me acordaba , no sé adonde ir.

— Lo veo , muy bien lo veo , dijo Tresilian corriendo ácia ella y volviendola á colocar en la silla poltrona en la que se dejó caer : necesita vm. de auxilios ; sí , necesita vm. de un protector , aunque vm. no quiere confesarlo ; pero no quedará vm. sin defensa , se apoyará vm. en mi brazo. Representaré á su desgraciado y digno padre de vm. ; irémos juntos al umbral mismo del castillo ; se presentará vm. á Isabel ,

y lo primero que hará en Kenilworth será un acto de justicia que todos bendecirán. Como me veo yo escudado por la bondad de la causa y por la justicia de la reina , no me detendrá el favor de su privado : voy á hablar á Sussex.

— *¡*No haga vm. nada , por amor de Dios ! exclamó la condesa asustada , conociendo la necesidad de ganar tiempo. Tresilian , es vm. generoso ; hagame vm. un favor..... Crealo vm. , para salvarme de la miseria y de la desesperacion , conviene mas hacer lo que yo le pido á vm. con instancias.

— Pidame vm. cuanto pueda confiar á mi cuidado , dijo Tresilian , pero no exija vm. de mí.....

— *¡*Oh ! no añada vm. ninguna condicion , querido Edmundo , exclamó la condesa ; asi queria vm. en otro tiempo que yo le llamase. Es una locura lo que me está sucediendo , y sola la locura puede aconsejarme lo que me conviene.

— Si me habla vm. de ese modo , dijo Tresilian , mas asombrado que apesarado , me obligará vm. á creer que es incapaz de pensar y de obrar por sí misma.

— *¡*Oh no ! exclamó ella arrodillandose delante de él ; no , no soy una insensata , pero soy la mas infeliz de las mugeres , que se ha visto arrastrada al precipicio por un conjunto de circunstancias estraordinarias , y por el

brazo mismo del que piensa salvarme... por el de vm., Tresilian..., por vm. á quien honraba, á quien estimaba, á quien amaba también, aunque no de la manera que hubiera vm. deseado.

— Habia en su voz y en su fisonomía tal calor y tanta espresion, que Tresilian se conmovió. La levantó, y la pidió enternecido que se calmase.

— Es imposible, dijo ella; no puedo tranquilizarme mientras no me conceda vm. lo que le pido. Escucheme vm.; hablaré con la mayor claridad que pueda. Aguardo las órdenes de alguno que tiene derecho á darmelas... la intervencion de un extraño... la de vm. especialmente, Tresilian, me perderia, me acabaria de arruinar. Espere vm. no mas que veinte y cuatro horas, y quizá la pobre Amy tendrá medios de probar que aprecia y puede recompensar el desinterés y la amistad de vm.; que es feliz, y que puede hacer á vm. dichoso. Es un precio digno seguramente de la paciencia de vm. durante un plazo tan corto.

Nada respondió Tresilian, pero reunió en su mente las varias conjeturas que podian hacer en esta circunstancia su intervencion mas perjudicial que útil á la reputacion y la dicha de Amy. Considerando tambien que se hallaba ella dentro de las murallas de Kenilworth, y

que ningun insulto tenia que temer en un castillo honrado por la presencia de la reina, y lleno de una multitud de señores y de guardias, comprendió que seria tal vez hacerla un flaco servicio implorar, á su pesar, el favor de Isabel; pero le dió su consentimiento con reserva, dudando que Amy tuviese otra esperanza que su aficion ciega á Varney, que suponía ser su seductor.

— Amy, dijo fijando tristemente sus ojos en los de la condesa que manifestaban su indecision, he notado muchas veces que en los caprichos mas estravagantes de la infancia de vm. habia cierto fondo de sensibilidad y de buen juicio. En este supuesto, abandono á vm. el cuidado de su destino durante veinte y cuatro horas, prometiendola no mezclarme en nada, ni en acciones ni en palabras.

— ¿Me lo promete vm., Tresilian? respondió la condesa. ¿Es posible que tenga vm. bastante confianza en mí? ¡Ah! deme vm. su palabra como caballero, como hombre de honor; prometame vm. no mezclarse en nada de lo que me concierne, por mas que vm. oiga ó vea, por mas necesidad que tenga de vm. en la apariencia. ¿Estamos en eso?

— Se lo prometo á vm. bajo mi palabra de honor, dijo Tresilian; pero habiendo pasado el plazo....

— Pasado el plazo, respondió ella interrumpiéndole, podrá vm. hacer lo que juzgue mas conveniente.

— ¿No hay otra cosa en que pueda servir á vm., Amy?

— Nada, sino en dejarme, y.... me abochorno de verme reducida á pedir semejante cosa..... y dejarme este cuarto por veinte y cuatro horas.

— Estoy admirado, absorto, dijo Tresilian: ¿que esperanza, que interes puede vm. tener en un castillo en el que no le es dado disponer de un miserable cuarto?

— ¡Oh! ¡por el amor de Dios! dejeme vm., dijo Amy; y como viese que Tresilian se iba retirando poco á poco y de muy mala gana, añadió: — Generoso Edmundo, vendrá un tiempo en que Amy te probará que merecia tu noble afecto.



## CAPITULO XXIX.

¿De que te asustas, amigo?  
Dale firme á la botella:  
Bebe, bebe, y no hayas miedo  
Que por mí nadie se pierda.  
Soy holgazan; y á fé mia,  
Lo que en el alma quisiera  
Es que, siendo yo un tunante,  
Todos los demas lo fueran.

*Pandemonium.*

**A**PÉNAS Tresilian habia bajado las dos ó tres gradas primeras de la escalera, cuando quedó admirado de encontrar á Miguel Lambourne. Este digno criado de Varney tenia en su frente una impudencia que dió impulso á Tresilian de arrojarle por las escaleras rodando; pero se acordó del daño que cualquier acto de violencia podria causar en aquel sitio y en tal momento á Amy, objeto de sus cuidados.

Contentóse pues con mirar á Lambourne con desden y desprecio, y continuó bajando la escalera sin dar á entender haberle conocido; pero Lambourne, que en aquel día de profu-



sion no habia dejado de remojar la palabra con sendos tragos de vino de las islas, sin perder por eso del todo la chabeta, no era hombre á quien nadie quebrase la vista; detuvo á Tresilian sin ceremonia en la escalera, y dirigiéndose á él como si se hubiesen tratado ya con familiaridad, le dijo: — ¡Que tal! yo creo, Tresilian, que se han olvidado ya entre nosotros dos las antiguas reyertas: sí, yo soy capaz de acordarme mas bien de los antiguos servicios que de los debates recientes. ¡Oh! vm. se convencerá de que mis intenciones han sido siempre buenas y honradas.

— Poco me importa la intimidación de vm., dijo Tresilian; guardela vm. para sus iguales.

— ¡Vea vm. como se entona nuestro hombre! dijo Miguel. Estos señoritos, que se creen hechos de otra masa mas noble, miran de alto abajo al pobre Lambourne. ¿Es acaso el señor Tresilian uno de aquellos amantes amartelados del tiempo de Maricastaña? ¿A que viene ahora el fingirse un santito, señor Tresilian? ¿No es una mala vergüenza que en el castillo de monseñor se tomen algunos la licencia de introducir pelanduscas? ¡Ah! ¡ah! me parece que por esta vez he dado yo en el hito.

— No entiendo lo que vm. dice, respondió

Tresilian, conociendo en aquellas palabras que el bribonazo habia notado la presencia de Amy; y añadió luego: Pero si está vm. encargado de servir en los cuartos, y me pide una gratificación, tome vm. y no entre en el mio.

Lambourne miró la moneda de oro que le habia dado, y la guardó diciendo:

— Ahora no sé una palabra, y tengo los ojos cerrados; pero quizá hubiera logrado vm. mas conmigo con buenas palabras que con esta moneda: sin embargo no dejan de tener mucha elocuencia estos escuditos de oro. Jamas Miguel Lambourne ha sido entremetido ni chismoso: que haga cada cual lo que le acomode, esta es mi máxima. Solo si quisiera que, al pasar las gentes á mi lado, no manifestasen tanto orgullo, como si fuese yo de estaño y los demas de oro. Si guardo este secreto, ya me mirará vm. con otros ojos, ¿no es así? Cuando incurra yo tambien en alguna faltilla, espero que hará vm. la vista gorda, porque ya vm. vé que los mas cuerdos pueden caer en la tentación. Y en resumidas cuentas, si su cuarto de vm. encierra igualmente á esa palomita, nada tiene que ver con eso Miguel Lambourne.

— ¡Dejeme vm. pasar! dijo Tresilian; ya ha recibido vm. su gratificación.

— ¡Peste! dijo Lambourne separandose de mala gana y repitiendo á regañadientes las últimas palabras de Tresilian: ¡dejeme vm. pasar! ha recibido vm. ya su gratificacion. Pero nada me importa; que se divierta todo el mundo, ya lo he dicho, yo no soy como el perro del hortelano, ¿está vm.?

Hablaba algo mas recio al paso que se alejaba Tresilian y no podía oirle.

— No soy como el perro del hortelano que ni come las berzas ni las deja comer; pero tampoco quiero ser el sastre del Campillo, que perdía las hechuras y ponía el hilo: ¿estamos, señor Tresilian? Preciso es que yo vea si tiene buenos bigotes esa jovencita que tiene vm. en su cuarto para que le caliente los piés. Sin duda teme vm. á las almas en pena, y no quiere dormir solo, segun aquella seguidilla española:

El cura y su criada  
Dormian juntos,  
Porque tenían miedo  
De los difuntos.

Pero si hubiese hecho yo semejante cosa, ¿sabe vm. que hubieran dicho? Que salga de aquí ese tunante, que le den una paliza, echadle á rodar por las escaleras abajo. ¡Ah! estos caballeros nos ponen el pié encima á

los pobretes, á la gentecilla de poco mas ó menos. Muy santo y muy bueno; pero yo tengo la sartén por el mango con este descubrimiento: eso es lo cierto, y no lo es menos que voy á ver si puedo echar la vista encima á la tal ninfa.

